

VI

Crímenes de ricos.

Ocho días después de la llegada de Teresa Montarón á París, la condesa de Corbière estaba sentada en su gabinete del primer piso de su hotel, situado en la calle de Santa Dominica, ante uno de esos muebles del siglo pasado que los artistas se contentan con copiar en nuestros días, porque no se atreven á intentar hacerlos tan buenos.

Volvemos á encontrar á la condesa de Corbière tal como la hemos visto en su castillo de la Ferté.

Tan seca, tan angulosa, tan dura de mirada y de aspecto, tan ascética y tan monacal en su traje, como en su dominio de Sologne.

Nos equivocamos.

Lo estaba más.

Los acontecimientos habían agriado más su carácter altivo, habían aminorado su generosidad, que no escuchaba más que los consejos de los dos vicios dominantes en ella, la avaricia y el orgullo.

Eran las cinco de la tarde.

Desde hacía algunos instantes había ido quedando el gabinete gradualmente en la oscuridad.

La condesa se complacía en estar sola, frente á frente de sus recuerdos.

Cerró un cajón de su escritorio y echando

la cabeza hacia atrás sobre el respaldo del sillón, dejó escapar estas dos palabras que demostraban su perplejidad.

—¿Y ahora?...

—¿Y ahora?... ¡Es decir ahora que no tengo más que un hijo y una hija, todo lo que me pertenece, todo lo que amontoño, todo lo que deje al morir, será para ese hijo; ¡un egoísta que no quiere á nadie más que á sí mismo y para un yerno que suspirará, según el uso, porque llegue pronto la hora de mi muerte, para verse libre del único obstáculo que le separará de mi fortuna!

¡Si Rolando hubiese vivido!

¡Aquel la amaba: ella así lo creía al menos! ¡Era tan cariñoso para con ella, tan cuidadoso, tan lleno de atenciones!

¡Y le habían asesinado!

¡Miserables!

¡Y su víctima la recomendaba al morir el perdón y la generosidad!

Una vez muerto Rolando podía hacer lo que le pareciera.

Una sonrisa de desprecio crispó sus delgados labios.

¿Adoptar al hijo de una muchacha de aquella familia de asesinos?

¡Qué locura!

¿Dar una fortuna á una mujer tal? ¡Qué absurdo!

Se negaba á eso y su conciencia estaba perfectamente tranquila.

Ella así se lo decía, pero esto no era completamente cierto.

Una voz secreta, que se elevaba en ella durante las largas horas de la noche de invierno, murmuraba á su oído esta vergonzosa palabra: ¡Ladrona!

Un dedo misterioso la mostraba á la madre del hijo de su hijo (de aquel Rolando á quien no podía olvidar), errante y miserable, cuando á pesar de sus propios millones retenía ella la fortuna que el moribundo había legado á la pobre joven.

¡Pero no quería ni ver ni oír!

Permaneció un momento inmóvil con los ojos fijos en el fuego que ardía lentamente en la chimenea.

Sus recuerdos retrocedieron más y pensó en otra infamia.

En que su marido, el conde de Corbiere, en el último momento, cuando á consecuencia de sus excesos, atacado de una congestión en medio de una orgía, le habían llevado á casa moribundo, había tenido un minuto de expansión y de sinceridad, y la había confesado un secreto.

El tenía una hija, niña muy joven, incapaz de comprender aun nada de la vida.

Había perdido á su madre, y aquella madre no poseía nada más que su belleza.

La condesa encontraría á la niña en una casa de la aldea de Fontaine, cerca de su castillo, en Seine-et-Oise.

Nadie sabía que él pagaba la pensión de aquella criatura, pensión bien insignificante por cierto.

Solo una partera estaba en el secreto. Se la-

maba Aurelia Firmin, vivía calle de Richelieu.

La niña se llamaba Elena y la llamaban Elena Noël porque había nacido el día de Nochebuena.

Con la mayor frialdad, completamente tranquila, recordaba la condesa los menores detalles del fin de su marido.

—¡Me dió, se decía, todos estos detalles, de prisa entre dos ahogos, y expiró recomendándome el producto de el adulterio!

¡El pobre hombre se equivocaba! La llamada que hacía á mi generosidad, no tenía probabilidad alguna de ser atendida.

No he sido generosa: me he contentado con ser justa.

Por mediación de la misma persona de que él se valía, hice colocar á la niña en un colegio en donde recibió una educación conveniente.

Y por fin entró en el mundo con algunos billetes de mil francos y después no he vuelto á oír hablar de ella!

—¡De cuando en cuando, pensaba la condesa, sería agradable saber que es de ella!.. ¡Si he de creer á las pocas noticias que me dieron en tiempos, será verdaderamente hermosa, cosa que de ordinario es la dote de las hijas del amor!

Una reflexión extraña hizo asomar á sus labios una sonrisa.

—¡Fernanda es hermosa también y no es sin embargo una hija del amor! ¿Quién se casará con ella? ¡La muerte del pobre Rolando ha hecho de ella una opulenta heredera! ¿El conde

de Sudaie ó el marqués de Sauves? Preferiría que se casara con de Sauves. Esto ha sido siempre muy atento para conmigo. Sería un modelo de yernos... ¡En todo caso no carecerá de pretendientes!... ¡No hay prisa!...

Se había hecho completamente de noche.

La condesa llamó.

Una doncella, bajita, de unos treinta años de edad, muy bien conservada, de talle delgado, tez blanca y ojos picarescos, entró en seguida.

—¿Desea la señora luz?—dijo.

Y sin esperar contestación, encendió una lámpara que había sobre un velador.

Después preguntó á su ama:

—¿Quiere algo más la señora?

—No... es decir, sí. Escuchad. ¿No está Fernanda en su cuarto?

—Creo que no, señora.

—Enteraos... ó más bien, no... Enviadme á Launay.

—Está bien, señora.

Al nombre de Launay, la doncella hizo una mueca significativa.

Felicia no podía ver á Launay, y esta antipatía se explicaba por una lucha de influencias en que Felicia no llevaba la mejor parte.

Launay tenía uno de esos caracteres antipáticos y de reptil que desagradan á todo el mundo.

Era una vieja vivaracha llevada de la casa Beauvillars al hotel de Corbiere.

De la misma edad que su ama, había emigrado á la calle de Santa Dominca, al mismo tiempo que la hija del banquero.

Launay desempeñaba en París el papel de Barasson en la Ferté-Montaron; gozaba de la confianza de su ama y conocía todos sus secretos, excepto dos.

Ignoraba el testamento redactado en su lecho de muerte por Rolando, y no conocía la historia de la hija natural del conde de Corbiere: Elena Noel.

Al menos, su ama, no le había confiado nada de esto.

Pero ella tenía sus dudas. Ciertos indicios la hacían sospecharlo.

Se repetía con frecuencia: Aquí hay algo.

Y este algo hubiera querido ella conocerlo.

Hasta entonces, sin embargo, á despecho de sus esfuerzos, no lo había conseguido.

A excepción de estos dos detalles, digámoslo como merece que se diga, á excepción de estas dos infamias, Launay estaba al corriente de todos los asuntos de la señora de Corbiere.

La doncella salió del gabinete para ir en busca de Launay, y por la escalera iba diciendo:

—¿Qué tendrán que tratar estas dos brujas?

Y un temor se apoderaba de Felicia, cuya conciencia no estaba muy limpia.

—¡Con tal de que no sospeche nada!... Esa Launay tienen ojos hasta en las espaldas...

La doncella se tranquilizó cuando se encontró en presencia de Launay, que leía un periódico en el muy confortable gabinete que le servía de despacho.

—La señora os llama—dijo Felicia.

—¡Ah, bien, voy allá en seguida, hija mía!

—dijo Launay con voz melosa.

Sin precipitarse plegó el periódico y lo colocó sobre la mesa.

Launay no carecía de talento, pero no se puede tenerlo todo.

En cambio era horriblemente fea.

Las viruelas habían dejado en su cara una infinidad de hoyos; más que hoyos... *abismos*....

Uno de sus ojos era más pequeño que el otro.

La nariz concluía demasiado pronto, y la barba, muy puntiaguda, terminaba demasiado tarde.

¡El exterior era azúcar y miel!

¿Quiso Felicia lisongear á la astuta vieja, ó se propuso lanzar una piedra á su jardín?

En el momento en que Launay, al salir de su gabinete, iba á meter la llave en el bolsillo, la doncella le dijo:

—Yo no sé qué habéis hecho á la señora, que no puede pasarse sin vos.

Launay sonrió, y mirando de arriba á abajo á Felicia, contestó:

—¡Dios mío, querida! La señora condesa sabe, sin duda, lo decidida que soy por ella, y eso es todo.

Y con tono de compasión, añadió, á manera de consejo:

—Tened cuidado, hija mía. Os fatigáis demasiado. Creedme, no cometáis imprudencias! Velad menos... dormid más... desde hace muchos días os encuentro un poco pálida.

Y después de un simulacro de reverencia, bastante irónica, subió la escalera en dirección al gabinete de la condesa.

—¡Vieja culebra!—pensó la doncella.—¡Razón tenía yo en sospechar que sabía algo! ¡Lo sabe todo!

Launay no ignoraba, en efecto, que Felicia, sin escuchar los consejos de la razón, era muy bondadosa con el primer cochero de la condesa, un inglés de ciento diez kilogramos, que respondía al nombre de Tom Kipper.

La doncella quedó muy pensativa y Launay siguió su camino, pensando en cosas de más interés para ella.

Descaba retirarse, pero antes quería redondear su bolsillo, que tenía ya bastante amplitud.

Y el mejor medio, según ella, era poseer secretos que presentia y que valdrían siempre una buena suma.

Ahora bien; el aspecto sombrío que desde hacía algún tiempo había tomado el rostro de la condesa, debía provenir de complicaciones que tal vez pudieran proporcionarle la ocasión propicia.

Al entrar en la habitación de la condesa, sorprendió á ésta con la cabeza vuelta hacia la puerta, dando muestras de impaciencia.

—¿Me llamábais?—preguntó.

—¡En efecto! ¡Venid!

—¿Qué queréis?

—Saber adónde va mi hija desde hace unos días. Me parece que sale sola con mucha frecuencia.

—Es muy cierto, y yo me inquieto por esto. La señorita, á quien he hablado de ello, me ha dicho que va á casa de su hermano el conde

Gabriel, y muchas veces á casa de la duquesa de Reville.

—¡Ya sé!... La hija de la de Reville es su amiga; pero he sabido ayer que Fernanda ha ido á casa de la de Reville, y no ha estado allí más que un momento... y sin embargo, ha estado fuera de casa hasta la hora de comer.

—¿Qué suponéis, pues?

—Nada preciso; sólo que desde aquella desastrosa aventura de Sologne, me alarmo con facilidad.

—Tenéis razón; pero, evidentemente, la señorita Fernanda no corre ningún peligro... Paris no es un bosque.

—Sin duda!...

—Y además... en fin, ¿qué remedio?... No vais á impedir á la señorita que salga... Ha sido educada con una libertad inglesa, y es demasiado tarde para hacerla perder esas costumbres.

—Podrías acompañarla vos.

—La señorita es muy buena conmigo; pero...

—¿Queréis decir que no la gustaría? Pues entonces será preciso seguirla.

—¡Tiene buenos caballos! Además, lo notaría.

—¿Pues entonces?

—Me odiaría y ya no habría medio de obtener nada.

La condesa hizo un gesto de contrariedad.

—¡Estoy muy intranquila, Launay—dijo,—muy atormentada! ¡Desde aquella deplorable catástrofe no vivo!

La condesa exageraba.

Su sensibilidad no era tan viva.

Vivía, y vivía bien.

—¿Qué sabéis?—preguntó Launay.

—He aquí lo que sé.

La condesa iba á dar principio á sus confidencias, cuando se abrió una puerta y entró Fernanda.

—¿Estoy demás?—preguntó haciendo un movimiento para retirarse.

—No, no—dijo vivamente la madre.—Al contrario, me alegro que oigas lo que voy á confiar á Launay.

—Entonces me quedo.

—¿De dónde vienes?

—De casa de Gabriel.

—¿Está en su casa?

—No... Le he esperado leyendo los periódicos en su gabinete... No ha llegado... Ando en busca de él hace unos días, pero no le encuentro. Y heme aquí. ¿Tenéis algo que preguntarme?

—Sí.

Fernanda estaba encantadora con su traje de luto, que hacía resaltar más lo fino de sus facciones y el blanco mate de su cutis.

Acercó una butaca á la de su madre, se puso de codos sobre el velador que las separaba, y apoyando la barba sobre su mano de delgados dedos, dijo:

—Os escucho.

La condesa, fijando primero en su hija y luego en la doncella de confianza sus ojos grises, pequeños y malévolos, comenzó diciendo:

—Sé que los Montarón, dispuestos á todo

ya, se han hecho más temibles y que todas las precauciones que se tomen serán pocas para ponerse á cubierto de sus empresas...

Fernanda era toda oídos.

La condesa añadió:

Tanto más, cuanto que en estos momentos no se sabe qué es de ellos.

—¡Ah!—dijo la joven.—¿Han abandonado la granja?

—Decid la cueva—contestó severamente la condesa.—Sí, han abandonado su horrible casa. No quedan allí más que la madre y el hijo mayor, Pedro, que parece algo mejor que los otros, aunque vive, según dicen, con una mujer de mala reputación.

—¡Oh!

—Sé lo que digo! Sea de esto lo que quiera, desde hace unos ocho días ha abandonado la Boca del Lobo, para irse no se sabe dónde, la desgraciada que fué la principal causa del crimen en que no quiero pensar, y cuyas circunstancias no quiero conocer.

—¿Ha sido Barasson quien os ha dado esas noticias, madre?

—Sí. Parece que al principio creyeron que se habría suicidado; pero empezaron á hacer averiguaciones y parece ser que tienen seguridad de que vive. Se la ha visto en Cour-Cheverny, donde ha debido tomar el tren para Paris. Aquí es, pues, donde se habrá refugiado y yo me pregunto qué podrá hacer ella aquí... Su hermano Guillermo ha desaparecido también.

—¿Cómo?

—¡No se sabe!

—¿No lo sabe Barasson?

—No... Ese Guillermo había ido, según parece, á presenciar el embarque de su hermano para Noumea, y después no le han vuelto á ver...

—¡Es singular!

—¿Por qué? No pudiendo vivir en un país en donde su reputación no está demasiado bien establecida, habrá tomado el partido de irse á otra parte á buscar fortuna. ¡No es el primero de su familia que hace eso! El más joven de los hermanos se expatrió hace años, y se ignora qué ha sido de él... Aquél se llamaba Marcelo, y no era un simple aldeano como los otros. Hizo algunos estudios en Tours con aprovechamiento, y demostró disposición para las artes, pero la música en particular. Con esto no se pueden adquirir millones; pero en fin, vale más que el resto de esa familia de réprobos...

Fernanda no tomaba ya parte en la conversación.

Se contentaba con escuchar con escrupulosa atención las explicaciones de su madre sin interrumpirla.

Al oír el nombre de Marcelo, un relámpago brilló en sus ojos sombríos, mientras que un pliegue malicioso levantaba sus labios; pero esto fué casi imperceptible.

—¿De modo que—dijo—esas pobres gentes están dispersas?

La madre la lanzó una mirada más severa que las otras.

—Tú eres muy indulgente para con ellos, y

hasta les has defendido—repuso, abandonando el tono ceremonioso que hasta entonces había guardado.

—No, madre mía—dijo Fernanda dulcemente;—yo no los he defendido, pero no les he acusado. He imitado á mi pobre hermano, que murió sin pronunciar una sola palabra contra ellos.

Se interrumpió; cubrió con el pañuelo sus ojos, que estaban llenos de lágrimas, y su pecho se hinchó por un suspiro.

Launay se acercó á la joven.

—Querida mía, ¿por qué sois tan sensible? Fernanda no contestó.

En sus oídos la voz de la mujer de confianza de su madre no tenía eco. Sus caricias la dejaban fría; no la rechazaba, pero no tenía confianza en ella.

Jamás la hubiera ocurrido la idea de revelar uno solo de sus secretos á aquella mujer.

La señora de Corbière continuó diciendo con irritación creciente:

—Esos Montarón son para nosotros enemigos seculares, irreconciliables... Demandádoles hubiera cumplido con mi deber.

Se acercó á Fernanda, y suavizando el tono de su voz

—Puesto que ves á tu hermano con frecuencia, dile lo que acabas de oír—la dijo.

Y añadió:

—¡Por mí, lo repito, hubiera cumplido con mi deber!

La sesión había terminado.

La condesa abandonó su butaca con el as-

pecto de una persona que tiene ocupaciones importantes y desea estar sola.

Su hija se dirigió hacia la puerta y salió sin volver la cabeza.

Launay iba á hacer lo mismo, pero en el momento en que iba á desaparecer, oyó que la condesa la llamaba.

—¡Launay!

Se detuvo.

La condesa, ágil como la mayor parte de las mujeres delgadas, estaba ya á su lado.

—No es eso todo—dijo—pero hay detalles que yo debía callar delante de Fernanda. Yo temo que esta criatura se deje arrastrar por tanta generosidad y por ideas novelescas. Sé que los Montarón están próximos á ser expulsados de su guarida...

—¡Ah!

—Están agobiados de deudas.

—Pues bien, vos compraréis esas tierras y estaréis libre de una odiosa vecindad.

—Odiosa, en efecto, Launay. Sí, las compraré y haré arrasar esa casucha: dejaré las tierras incultas; pero no es eso lo que yo quería decir.

—¿Qué, pues?

—Arreglaos como podáis; pero cuando Fernanda salga, quiero saber á donde va. Tomad las medidas que queráis. Eso es cuenta vuestra.

Launay se inclinó y salió.

Cuando la condesa se quedó sola dejó escapar todo su odio en esta exclamación:

—¡Oh! ¡Esos monstruos, si yo pudiera aniquilarlos con una palabra! ¡Hijo mío, Rolando, hijo mío!

VII

En el Louvre.

Serían las diez de la mañana de un día nebuloso y triste, cuando Krug, con su caja de pinturas en la mano y seguido de su vecina de la calle de Echaudé, hecha ya una completa parisiense, se dirigía por la calle de Bonaparte hacia el muelle.

Teresa Montarón había recibido lecciones de un *cicerone* que le era muy útil.

El señor Krug no había omitido nada para ponerla al corriente de lo que debía temer ó de lo que podía esperar.

Además se la había confiado unos días á su amigo Escoubere, y había sido para el pobre hombre, que trataba de ocultar á los indiferentes su desesperación, un entretenimiento el pasear por las calles de París á aquella joven; se sentían atraídos hacia ella todos los que la veían, adivinando que era más desgraciada que culpable.

Hasta la señora Guignard, la portera, la había tomado cariño desde el primer día.

El suizo había comenzado con su protegida las lecciones de dibujo y de pintura.

Los bocetos de la joven demostraban una seguridad de mano, una destreza natural y un talento de los cuales se podía esperar todo.

Desde el muelle Malaquais vieron, al otro lado del Sena, las largas galerías del Louvre.

Muy pronto llegaron el profesor y la discípula al patio del Carrousel.

—¡Abrid bien los ojos!—la dijo.

Entraron.

Las salas bajas, de bóvedas de medio punto, no la llamaron la atención más que por su inmensidad.

Pero al penetrar en el salón cuadrado Teresa se detuvo agobiada por la magnificencia de las obras maestras que la rodeaban.

Se sentía deslumbrada y confusa ante tantas riquezas.

¿Para qué tratar de delinear miserablemente ensayos inútiles en presencia de tales maravillas?

—Esto es hermoso, ¿no es verdad?—preguntó Krug.

Teresa murmuró agobiada.

—¡Sí, es hermoso; es demasiado hermoso!

—Venid—ordenó el pintor.

En el interior del museo se hubiera podido creer que el velo de niebla que envolvía á París, se había desgarrado de pronto.

Una luz dorada caía de las bóvedas sobre los lienzos milagrosos en que brilla la gloria de los grandes artistas del pasado.

Y delante de cada uno de ellos, Krug, en pocas palabras, claras y precisas, definía su carácter y su superioridad.

Y poco á poco, Teresa, vuelta de su primera sorpresa, se acostumbraba á la vista de aquel estudio establecido en un palacio.

Se paraba delante de los caballetes donde había copias comenzadas, y al cabo de un ins-

tante, después de haber examinado algunas en las que las nubes estaban aun informes, otras más avanzadas ó tocando á su fin, dijo á su maestro:

—Me parece que yo también podría...

—¡Sí, sí, lo intentaremos, pero todavía no! Es preciso trabajar primero... mucho tiempo—la contestó Krug.

Allí había mujeres cuya presencia admiraba á Teresa, tanto como lo que ellas hacían.

Algunas eran jóvenes, pero eran las menos. La mayor parte de ellas eran de edad madura, y dos ó tres bastante ancianas. Todas ellas vestían pobremente.

Casi todas copiaban cuadros religiosos. La Sagrada Familia, la Virgen, de Murillo, et.

—Es para las iglesias. Ganan lo justo para no morir de hambre—dijo Krug.

—¿Es, pues, muy difícil llegar á poder darse á conocer?—preguntó la joven con terror.

Krug se contentó con mirar con ojos consternados las esculturas de la bóveda.

En otro salón, muy grandioso, más moderno, el de los artistas muertos hace algunos años. Troyon, Rousseau, Corot, Courbet, Fromentin y otros, el espectáculo era menos desconsolador.

Algunas jóvenes de familias ricas, acompañadas por sus doncellas ó sus institutrices, se entretenían en copiar paisajes.

Y á estas artistas aficionadas daba gusto verlas.

Llevaban vestidos á propósito, delantal con peto de seda multicolor y guantes. Y, á la

simple vista, por la frescura de sus faldas y la limpieza de su calzado, se adivinaba que el coche las esperaba á la puerta, y que aquellas copias que bosquejaban indolentemente no eran para ellas más que un *sport* como la bicicleta ó el caballo.

Por fin, después de haber recorrido todas las salas, su *cicerone* la dijo:

—¡Ea, bastante tiempo hemos perdido ya... venid!

Y la condujo á la sala cuadrada.

Allí, delante del célebre cuadro del Georgiano, «El Concierto Campestre», había sobre un caballete una copia casi concluida.

La joven se detuvo extasiada.

—¿Y bien—la preguntó Krug gozándose en su sorpresa—que decís de esto?

Teresa permaneció muda.

Se hubiera podido cambiar el cuadro y la copia sin que el mismo encargado del Louvre hubiera notado el cambio.

¡Era una semejanza acabada!

¡La forma, la expresión, los menores detalles, la línea, el colorido, todo era admirable!

—¡Oh! ¡maestro!—exclamó Teresa.

Esto fué todo lo que pudo decir.

—¿Es pasadero?

—¡Es admirable!

—Pues bien, querida amiga—dijo Krug en un acceso de locura—¡á mi edad un trabajo tal es deshonoroso! Me he resignado á él contra mi voluntad con el fin de ganar pan para mi familia. ¿Sabéis cuanto me pagarán por esta copia? ¡Algunos luises... y no me atrevo á deci-

ros cuantos porque me avergonzaría! Soy tan desconocido como si habitase una isla desierta; más pobre que la mayor parte de los desocupados que vienen á calentarse aquí faltos de asilo.

Lanzó un suspiro enorme y, abriendo su caja de pinturas, cogió la paleta, los pinceles, un trapo lleno de aceite y de manchas de todas clases y se colocó delante de su caballete.

Teresa se había sentado en uno de los divanes de terciopelo, destinados á los visitantes. No eran estos muy numerosos á aquella hora de la mañana.

Se oía poco ruido.

Se estaba muy á gusto en aquel medio confortable, en donde cien bocas de caloríferos sostenían una temperatura agradabilísima.

Krug daba la última mano á su copia.

En realidad, como había dicho Teresa, era admirable.

De cuando en cuando se volvía hacia su discípula y la decía con cierto orgullo:

—¡De todos modos, reproducir así, es casi crear! ¡Y pensar que no tendré tal vez un pedazo de pan para mi vejez!

En la entrada del salón por la parte de la galería de Apolo, acababa de pararse un hombre, y con ojos muy abiertos, examinaba los cuatro ángulos del salón.

Era un burgués de unos cincuenta años, bien conservado, de facciones pronunciadas y muy colorado, de cabello espeso ya gris y con el bigote recortado. Era alto y presentaba todas las apariencias de una salud superior.

Al ver á la joven y al pintor, su cara expresó el contento de el hombre que se dice:

—¡Por fin! he aquí lo que buscaba.

Se dirigió hacia el artista, que al verle dijo con voz en que había cierta timidez:

—¡Ah! ¿sois vos, señor Quillet? ¿A qué debo el gusto de veros por aquí?

El antiguo comerciante soltó una carcajada, y sin disimulo alguno, dijo:

—Debo seros franco, señor Krug, no quiero ocultaros lo que pienso: no es la pintura lo que me atrae.

Krug se sonrió con amabilidad.

—¡Por fortuna, no piensa todo el mundo como vos, señor Quillet!—dijo.—¿De otro modo, qué sería de los artistas?

Quillet contestó:

—¡Harían otra cosa, no por eso marcharía peor el mundo!

—¿Lo creéis así?

—Cierto, y la desgracia no sería tan grande ni aun para vos. ¿Qué os produce el echar á perder pedazos de buen lienzo, como lo hacéis? Si fuérais franco, confesaríais que eso no conduciría nada. Todo el mundo dice que tenéis talento—añadió viendo plegarse la frente del antiguo guardia del Papa, y que sus labios palidecían de despecho, porque la paciencia de un deudor tiene sus límites.

Y señalando con la contera del bastón las dos Florentinas del cuadro, añadió:

—Yo sé que sois un buen artista. Estas dos mujercitas están muy bien pintadas así, como todo el cuadro; ¿pero eso qué prueba? Que se

puede tener mérito y no ganar gran cosa.

Contento con haber aplicado esta cataplasma sobre el amor propio del suizo, el señor Quillet hizo una pausa, y durante ella examinó á hurtadillas á su nueva inquilina y la detalló como persona inteligente.

El ex comerciante tenía una debilidad.

Se había sentido siempre atraído como por un imán hacia el bello sexo.

Interiormente se decía:

—¡No es mala, no es mala! ¡Hermosa cabeza, bonitos ojos, boca pequeña, cabellos soberbios!

Y continuando su examen hacia abajo, añadía:

—¡Solo que la pobre criatura ha tenido un desliz! ¡Qué desgracia! ¡Y se nos ensalza la inocencia de los campos! ¡Fiáos de ella!

—¿De modo—repuso, dirigiéndose al pintor,—que no adivináis el motivo de mi visita?

—Nó.

—Pues os lo diré. La portera me ha dicho que esta joven—y señaló con el dedo á Teresa—iba á ser vuestra discípula; que encontráis en ella disposiciones para la pintura, y que os proponéis cultivarlas. Ahora bien: yo no soy tan malo como parezco, y vengo á deciros: «Vamos á ver, amigo mío, no hagáis eso, ó creeré que tenéis algo en...»

Se tocó la frente.

Había dicho esto de una manera tan lastimosa, con un tono tan compasivo, que un grupo de aficionados que pasaba, no pudo menos de sonreír.

El suizo se sintió herido por esto y se puso colorado.

—¿Y por qué no lo he de hacer, señor Quillet?—preguntó un tanto amostazado.

—¡Porque eso sería un crimen, una locura, una tontería!...

E indicando á la vieja que copiaba el cuadro de la Virgen de Murillo:

—¡Mirad—repuso—á lo que conduce la profesión que queréis darla!... ¡He ahí una desgraciada, desdentada, delgada como una estaca: un esqueleto ambulante que no tiene siquiera con qué cubrirse los hombros! ¡Debe tener un siglo esa mujer!... Y embadurna lienzo desde hace lo menos setenta años.

El suizo contestó:

—¿Y quién os dice que no encuentra ella un placer infinito en eso, y que no cambiaría su posición por la vuestra? Por mí sé deciros que si me propusierais cambiar mi caja de pinturas por vuestra casa de la calle del Echaude, os diría: «Gracias; no quiero.» El arte de que os reís tiene sus miserias; también tiene sus goces, y prefiero echar á perder buen lienzo, como decís, por nada, ó poco menos, á medirlo y venderlo con un beneficio que me permita comprar casas en París!... ¡Tal vez algún día pueda comprarlas con el fruto de estos trabajos!

El señor Quillet no se incomodó por la contestación del pintor.

—¡Como queráis!—dijo;—cada uno piensa como le parece... Esta joven tal vez se arrepienta de haberse dedicado á ese arte, cuando

á su costa haya adquirido un poco de experiencia. ¡Adiós, señor Krug!

Tocó con las puntas de los dedos la barba de Teresa, que continuaba sentada y muy pensativa.

—Y vos, hermosa—la dijo—¿estáis pensando en lo que he dicho? ¡Pues es la verdad, y si tenéis necesidad de un consejo amistoso, id á buscarme!

Miró su reloj.

—¡Diablo!—dijo— ¡las once y media! ¡Mucho me he entretenido! Y el almuerzo y los compañeros me esperan... ¡Hasta la vista!

Se dirigió hacia la puerta, no sin volver la cabeza con frecuencia hacia la joven.

Cuando hubo desaparecido, el pintor desahogó su corazón diciendo:

—¡Qué bruto! ¡Insultar á las glorias más puras del arte! ¡Rafael, Corregio, Rubens, El Ticiano! ¡Rembrand! ¡Impío! ¡Más que impío, idiota!

Teresa no oía. Muy pensativa, no podía menos de hacerse estas preguntas:

—¡Dios mío! ¿á qué voy á dedicarme? ¿Qué va á ser de mí?

Y en la misma rudeza del antiguo comerciante encontraba una especie de bondad que la tranquilizaba para el porvenir.

¡Pero la tranquilizaba tan poco!

El señor Quillet bajaba la escalera que conduce á las galerías bajas, indiferente á las estatuas como lo había sido á los cuadros, y se decía:

—¡Encantadora, en verdad, pero muy mal

aconsejada por ese pintorcillo! No será él quien la proporcionará medios de salir de apuros, ¡oh! no...

Y volviendo á su primera idea, añadió:

—Una alhaja, en verdad, muy averiada por el momento; pero eso durará algún tiempo, y después, ¡oh! después...

Y se pasó la lengua por los labios como para saborear un manjar exquisito, un gusto superior.

Al llegar al restaurant en que tenía costumbre de almorzar con sus amigos, les dijo:

—Queridos, he encontrado una muchacha que os admirará, pero por el momento la manzana no está aún madura.

Y Roumille, un antiguo compañero del comerciante, dándole un golpecito en el vientre, exclamó:

—¡Este Quillet! ¡No hay nadie como él para encontrar esa clase de pájaros!